



DESASTRES Y SOCIEDAD

Enero-Junio 1995 / No.4 / Año 3

**Especial : Cauca y Huila, Colombia: Junio
1994 – Junio 1995**

REVISTA SEMESTRAL DE LA RED DE ESTUDIOS SOCIALES EN PREVENCIÓN DE
DESASTRES EN AMÉRICA LATINA

LA RED

Red de Estudios Sociales en Prevención de
Desastres en América Latina

1995

LITERATURA Y DESASTRES: CÁNDIDO O EL OPTIMISMO*

Voltaire

CAPÍTULO V

DE UNA TORMENTA, UN NAUFRAGIO Y UN TERREMOTO; DE LOS SUCESOS DEL DOCTOR PANGLÓS, DE CÁNDIDO Y DE SANTIAGO EL ANABAPTISTA

Sin fuerza y medio muertos la mitad de los pasajeros con las imponderables bascas que causa el balance de un navío en los nervios y en todos los humores que en opuestas direcciones se agitan, ni aun para temer el riesgo tenían ánimo; la otra mitad gritaba y rezaba; estaban rasgadas las velas, las jarcias rotas y abierta la nave; quien podía trabajaba, nadie se entendía y nadie mandaba. Algo ayudaba a la faena el anabaptista que estaba sobre el combés, cuando un furioso marinero le pega un fiero empujón y el derriba en las tablas; pero fué tanto el esfuerzo, que al empujarle hizo que cayera de cabeza fuera del navío y se quedó colgado y agarrado de una porción del mástil roto. Acudió el buen Santiago a socorrerle y le ayudó a subir; pero con la fuerza que para ello hizo, se cayó en la mar a vista del marinero que lo dejó ahogarse, sin dignarse siquiera de mirarle. Cándido que se acerca y ve a su bienhechor que viene un instante sobre el agua y que se hunde para siempre, se quiere tirar tras él al mar; pero lo detiene el filósofo Panglós, demostrándole que había sido criada la cala de Lisboa con destino a que se ahogara en ella el anabaptista. Probándolo estaba *a priori*, cuando se abrió el navío, y todos perecieron, menos Panglós, Cándido y el desalmado marinero que había ahogado al virtuoso anabaptista; que el bribón salió a salvamente nadando hasta la orilla, donde aportaron Cándido y Panglós en una tabla.

Así que se recobraron un poco del susto y el cansancio, se encaminaron a Lisboa. Llevaban algún dinero, con el cual esperaban librarse del hambre, después de haberse zafado de la tormenta. Apenas pusieron los pies en la ciudad, lamentándose de la muerte de su bienhechor, la mar embatió bramando el puerto y arrebató cuantos navíos se hallaban en él anclados, se cubrieron calles y plazas de torbellinos de llamas y cenizas; hundíanse las casas, caían los techos sobre los cimientos, y los cimientos se dispersaban, y treinta mil moradores de todas edades y sexos eran sepultados entre ruinas. El marinero tarareando y votando, decía:

-Algo ganaremos con esto.

-¿Cuál puede ser la razón suficiente de este fenómeno? -decía Panglós.

Y Cándido exclamaba:

-Éste es el día del juicio final.

* Tomado de VOLTAIRE (1984) "Cándido o el Optimismo, Capítulos V y VI". En: *Cándido y otros cuentos*, Ed. La Oveja Negra y RBA Proyectos Editoriales, p. 16-19.

El marinero se metió sin detenerse en medio de las ruinas, arrojando la muerte por buscar dinero; con el que encontró se fue a emborrachar, y después de haber dormido la borrachera compró los favores de la ramera que topó primero y que se dió a él entre las ruinas de los desplomados edificios y en mitad de los moribundos y los cadáveres, aunque Panglós le tiraba de la casaca, diciéndole:

-Amigo, eso no es bien hecho, que es pecar contra la razón universal, porque ahora no es ocasión de holgarse.

-Por vida del Padre Eterno -respondió el otro-, yo soy marinero y nacido en Batavia; cuatro veces he pisado el crucifijo en cuatro viajes que tengo hechos al Japón. ¡Pues no vienes mal ahora con tu razón universal!

Cándido, que la caída de unas piedras había herido, tendido en el suelo en mitad de la calle y cubierto de ruinas, clamaba a Panglós:

-¡Ay! Tráeme un poco de vino y aceite, que me muero.

-Este temblor de tierra -respondió Panglós- no es cosa nueva; el mismo azote sufrió Lima años pasados; las mismas causas producen los mismos efectos; sin duda que hay una veta de azufre subterránea que va desde Lisboa a Lima.

-Verosímil cosa es -dijo Cándido-; pero, por Dios, un poco de aceite y vino.

-¿Cómo verosímil? -replicó el filósofo-, pues yo sustentaré que está demostrada.

Cándido perdió el sentido y Panglós le llevó un trago de agua de una fuente inmediata.

Habiendo hallado, el siguiente día, algunos manjares metiéndose por entre los escombros, cobraron algunas fuerzas, -y trabajaron luego, a ejemplo de los demás, en alivio de los habitantes que de la muerte se habían librado. Algunos vecinos que habían socorrido les dieron la menos mala comida que en tamaño desastre se podía esperar; verdad es que fué muy triste el banquete; los convidados bañaban el pan en llanos, pero Panglós los consolaba sustentado que no podían suceder las cosas de otra manera, porque todo esto -decía- es lo mejor que hay; porque si hay un volcán en Lisboa, no podría estar en otra parte; porque no es posible que no estén las cosas donde están; porque todo está bien.

Un hombrecito vestido de negro, familiar de la Inquisición, que junto a él estaba sentado, interrumpió muy cortésmente, y le dijo:

-Sin duda, caballero, que no cree usted en el pecado original, porque si todo está perfecto no ha habido pecado ni castigo.

-Perdóneme su excelencia le respondió con más cortesía Panglós-, porque la caída del hombre y su maldición hacían parte necesaria del más excelente de los mundos posibles.

-¿Según eso este caballero no cree que seamos libres? -dijo el familiar.

-Otra vez ha de perdonar su excelencia -replicó Panglós-, porque puede subsistir la libertad con la necesidad absoluta; porque era necesario que fuéramos libres; porque finalmente la voluntad determinada...

En medio de la frase estaba Panglós, cuando hizo el familiar una seña a su secretario que le escanciaba vino de Porto o de Oporto.

CAPÍTULO VI

Del magnífico auto de fe que se hizo para que cesara el terremoto y de los doscientos azotes que pegaron a Cándido

Pasado el terremoto que había destruído las tres cuartas partes de Lisboa, el más eficaz medio que ocurrió a los sabios del país para precaver una total ruina, fué la fiesta de un soberbio auto de fe, habiendo decidido la Universidad de Coimbra que el espectáculo de unas cuantas personas quemadas a fuego lento con toda solemnidad es infalible secreto para impedir los temblores de tierra. Habían sido presos por tanto un vizcaíno, que estaba convicto de haberse casado con su comadre, y dos portugueses que se habían comido un pollo un viernes y la olla sin tocino un sábado; y después de comer se llevaron atados al doctor Panglós, y su discípulo Cándido, al uno por lo que había dicho, y al otro por haberle escuchado con ademán de aprobar lo que decía. Pusiéronlos separados en unos aposentos muy frescos, donde nunca incomodaba el sol, y de allí, a ocho días los vistieron de un sambenito y les engalanaron la cabeza con unas mitras de papel: la coraza y el sambenito de Cándido llevaban llamas boca abajo y diablos sin garras ni rabo; pero los diablos de Panglós tenían rabo y garras, y las llamas ardían hacia arriba. Así vestidos salieron en procesión, y oyeron un sermón muy tierno, al cual se siguió una bellísima música en fabordón. A Cándido, mientras duró el canto, le pegaron doscientos azotes a compás, al vizcaíno y a los dos que habían comido la olla sin tocino los quemaron y Panglós fué ahorcado, aunque no era estilo. Aquel mismo día tembló la tierra con un furor espantable.

Cándido, atónito, desatentado, confuso, ensangrentado y palpitante, decía entre sí:

-Si éste es el mejor de los mundos posibles, ¿cómo serán los otros? Vaya con Dios, si no hubieran hecho más que espolvorearme las espaldas, que ya los búlgaros me habían hecho el mismo agasajo. Pero tú, caro Panglós, el mayor de los filósofos, ¿por qué te has ahogado en el puerto? Y tú, baronesita Cunegunda, perla de las niñas, ¿por qué te han sacado el redaño?

Volvíase diciendo esto a su casa, sin poderse tener en pie, predicado, azotado, absuelto y bendito, cuando se le acercó una vieja que le dijo:

-Hijo mío, ten buen ánimo y sígueme.